



Hablemos de

Rosangela García Verdú

Universidad Politécnica Territorial de Barlovento
"Argelia Laya" (UPTBAL)
Estado Miranda, Venezuela.



Afrovenezolana, estudiosa de la descolonización epistémica, protectora de los saberes ancestrales, dirigente, y activista social. Profesora en Educación Integral de la Universidad Pedagógica Experimental "Libertador" (UPEL), Especialista en Planificación y Evaluación de la Universidad Santa María (USM); Magister en Gerencia Educativa (UPEL). Posee investigaciones en gestión pública, concienciación social, entre otras líneas de participación comunitaria, gestión social.

Como citar

Este artículo

García, R. (2024). La Autobiografía como Espejo del Alma: Una Hermenéutica crítica de la Escritura Personal en Estudios de Postgrado. Revista Transformar. (1), 111-133.

La Autobiografía como Espejo del Alma: Una Hermenéutica crítica de la Escritura Personal en Estudios de Postgrado.

Autor(es): Msc. Rosangela Alejandra García Verdú 

Universidad Politécnica Territorial de Barlovento “Argelia Laya” (UPTBAL)
Estado Miranda, Venezuela.

Resumen

Este artículo comparte mi experiencia como mujer afrovenezolana, educadora e investigadora comprometida con las luchas de mi pueblo, explorando la autobiografía como herramienta para descolonizar y redimensionar la formación de postgrado. A través de un análisis hermenéutico-crítico de las autobiografías de estudiantes de maestría y doctorado, pude comprender cómo estas narrativas personales están atravesadas por las condiciones sociales, culturales y políticas de nuestros contextos, y cómo permiten reflexionar sobre las trayectorias de vida, cuestionar las relaciones de poder y asumir un compromiso ético-político con la transformación de la realidad. Apoyándome en teorías críticas y decoloniales como la pedagogía del oprimido, la colonialidad del saber, la epistemología del Sur y la investigación-acción participativa, pude constatar el potencial de la autobiografía como praxis pedagógica y política para descolonizar los saberes y las subjetividades, articular la formación con las luchas sociales, y construir conocimientos emancipadores. Mi experiencia en el Programa de Estudios Abiertos de la UNESR me reveló cómo la autobiografía permite tejer puentes entre la academia y los movimientos sociales, entre la teoría y la práctica, y entre la razón y la emoción. En última instancia, la autobiografía emerge como un camino de sanación y emancipación integral, que nos convoca a reinventar la educación superior desde la potencia creadora de nuestras vidas y rebeldías. Un camino para hacer de nuestras historias personales y colectivas semillas de dignidad, justicia y buen vivir.

Palabras claves: autobiografía, educación superior, decolonialidad, emancipación, praxis pedagógica.

Recibido: 10 -05-24

Aceptado: 15-05-24

Publicado: 17-05-24



Autobiography as a Mirror of the Soul: A Critical Hermeneutics of Personal Writing in Graduate Studies.

Author(s): Msc. Rosangela Alejandra García Verdú 

Territorial Polytechnic University of Barlovento "Argelia Laya" (UPTBAL)
Miranda State, Venezuela.

Summary

This article shares my experience as an Afro-Venezuelan woman, educator, and researcher committed to the struggles of my people, exploring autobiography as a tool to decolonize and reshape postgraduate education. Through a hermeneutic-critical analysis of the autobiographies of master's and doctoral students, I was able to understand how these personal narratives are traversed by the social, cultural, and political conditions of our contexts, and how they allow us to reflect on life trajectories, question power relations, and assume an ethical-political commitment to the transformation of reality. Drawing on critical and decolonial theories such as the pedagogy of the oppressed, the coloniality of knowledge, epistemologies of the South, and participatory action research, I was able to confirm the potential of autobiography as a pedagogical and political praxis to decolonize knowledge and subjectivities, articulate education with social struggles, and construct emancipatory knowledge. My experience in the Open Studies Program at UNESR revealed how autobiography allows weaving bridges between academia and social movements, between theory and practice, and between reason and emotion. Ultimately, autobiography emerges as a path of integral healing and emancipation, which calls us to reinvent higher education from the creative power of our lives and rebellions. A path to make our personal and collective stories seeds of dignity, justice, and good living.

Keywords: autobiography, higher education, decoloniality, emancipation, pedagogical praxis.

Received: 10-05-24

Accepted: 15-05-24

Published 17-05-24



Introducción

La educación de postgrado en nuestros contextos latinoamericanos enfrenta el desafío urgente de superar los modelos academicistas, individualistas y descontextualizados que reproducen la colonialidad del saber y del ser. Estos modelos, anclados en una racionalidad eurocéntrica y fragmentadora, han perpetuado la división artificial entre teoría y práctica, entre razón y emoción, entre conocimiento científico y saberes populares. Como resultado, la formación de los sujetos se ha reducido a la adquisición de habilidades técnicas y disciplinares, desvinculadas de las realidades sociales y de los proyectos de emancipación de nuestros pueblos.

Frente a esta realidad, surge la necesidad imperiosa de explorar prácticas formativas alternativas que partan de las experiencias, saberes y luchas de los sujetos que habitan las aulas y los territorios, y que apuesten por una formación integral, crítica y comprometida con la transformación social. Se trata de repensar y reinventar la educación de postgrado desde una perspectiva decolonial, intercultural y emancipadora, que reconozca y potencie la diversidad epistémica y la agencia política de los estudiantes, y que articule la producción de conocimientos con las demandas y propuestas de los movimientos sociales y las comunidades.

En este contexto, la autobiografía emerge como una herramienta potente para redimensionar los estudios de postgrado desde una perspectiva decolonial y emancipadora. Más que un género literario o una técnica de escritura, la autobiografía se revela como una praxis pedagógica y política que permite a los sujetos reflexionar críticamente sobre sus trayectorias vitales, deconstruir las relaciones de poder que las atraviesan y asumir un compromiso ético-político con el cambio social.



A través de la narración autobiográfica, los estudiantes pueden reconocer y resignificar sus experiencias personales como parte de un entramado social más amplio, marcado por las desigualdades, las opresiones y las resistencias. Pueden problematizar los discursos y prácticas hegemónicas que han configurado sus identidades y sus campos de estudio, y visibilizar los saberes, las memorias y las luchas que han sido silenciadas o marginadas por la academia colonial. Y pueden imaginar y ensayar formas alternativas de ser, de saber y de hacer, que contribuyan a la construcción de sociedades más justas, dignas y solidarias.

En este sentido, la autobiografía no solo tiene un potencial formativo para los sujetos individuales, sino también un potencial transformador para las instituciones educativas y para la sociedad en su conjunto. Al incorporar las prácticas autobiográficas en los estudios de postgrado, estamos abriendo grietas en los muros de la universidad, para que por allí se filtren los aires renovadores de los movimientos sociales y las epistemologías insurgentes. Estamos tendiendo puentes entre la teoría y la práctica, entre la academia y la sociedad, entre la formación doctoral y los proyectos de emancipación de nuestros pueblos.

Por eso, en este artículo, me propongo compartir mi experiencia como mujer afrovenezolana, educadora popular e investigadora comprometida, que me ha llevado a explorar y reivindicar la autobiografía como una praxis pedagógica y política para descolonizar y redimensionar la formación de postgrado. Una experiencia sentipensante y rebelde, que parte de mi propia historia de vida y de las historias de los estudiantes con quienes he compartido este camino, y que se nutre de las teorías críticas y decoloniales



que nos invitan a pensar y a vivir la educación como un acto de liberación y de reinención permanente.

Motivaciones

Mi interés por explorar la autobiografía como estrategia formativa en los estudios de postgrado surge de mi propia experiencia como mujer afrovenezolana, educadora popular y activista social. A lo largo de mi trayectoria, he podido constatar el poder sanador y emancipador que tiene la narración de nuestras historias de vida, especialmente para quienes hemos sido silenciados y oprimidos por las estructuras coloniales, racistas y patriarcales que dominan nuestras sociedades.

Desde muy joven, participé en espacios de educación popular y organización comunitaria, donde aprendimos a valorar nuestras experiencias y saberes como fuentes legítimas de conocimiento y transformación social. En estos espacios, la autobiografía era una práctica recurrente que nos permitía reconocernos en nuestra humanidad compartida, sanar nuestras heridas coloniales y cultivar alternativas de vida digna y esperanzadora. Recuerdo especialmente los círculos de memoria que organizábamos en mi barrio, donde las mujeres mayores compartían sus historias de lucha y resistencia, y nos enseñaban a tejer nuestros sueños y esperanzas con los hilos de la solidaridad y la rebeldía.

Estas vivencias me marcaron profundamente y me llevaron a cuestionar las formas hegemónicas de producción y validación del conocimiento en la academia. Cuando ingresé a la universidad para estudiar educación, me sentí interpelada por las teorías críticas y decoloniales que denunciaban la colonialidad del saber y del poder, y que reivindicaban la necesidad de



descolonizar la educación y la investigación. Autores como Paulo Freire, Orlando Fals Borda y Catherine Walsh me inspiraron a asumir mi práctica educativa como un compromiso ético-político con la emancipación de los oprimidos y la transformación de las realidades injustas.

Sin embargo, al mismo tiempo, fui testigo de cómo la universidad reproducía los modelos academicistas, individualistas y descontextualizados que yo cuestionaba. Vi cómo muchos de mis compañeros y compañeras de estudio se alejaban de sus comunidades y de sus luchas, seducidos por la promesa del éxito individual y la movilidad social. Y sentí en carne propia la violencia epistémica que invisibilizaba y deslegitimaba nuestros saberes y experiencias como pueblos afrodescendientes e indígenas.

Fue entonces cuando decidí que mi proyecto de vida sería contribuir a la descolonización de la educación, especialmente en el nivel de postgrado, donde se forman los futuros investigadores y docentes universitarios. Me propuse llevar las prácticas y saberes insurgentes que había aprendido en la educación popular al corazón mismo de la academia, para subvertir sus lógicas excluyentes y transformar sus prácticas formativas.

Cuando tuve la oportunidad de cursar mis estudios doctorales en educación, asumí el desafío de explorar las potencialidades de la autobiografía como estrategia decolonial y emancipadora en la formación de postgrado. Me propuse investigar cómo la narración autobiográfica podía contribuir a descolonizar los saberes y las subjetividades de los estudiantes, a articular la producción de conocimientos con las luchas sociales, y a formar investigadores comprometidos con la transformación de sus contextos.



Para ello, me involucré en el Programa de Estudios Abiertos (PROEA) de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez (UNESR), un espacio de educación popular e inclusiva que apuesta por la construcción colectiva de conocimientos y la vinculación de la formación doctoral con las realidades y necesidades de las comunidades. Desde el PROEA, impulsamos prácticas pedagógicas insurgentes, como las comunidades de aprendizaje, los proyectos de investigación-acción participativa y los círculos de autobiografía, que nos permitieron revalorizar los saberes experienciales de los estudiantes y articularlos con las teorías críticas y decoloniales.

A través de esta experiencia, pude constatar el potencial de la autobiografía no solo como herramienta metodológica, sino como praxis pedagógica y política para descolonizar y transformar la formación de postgrado. Al narrar y compartir sus historias de vida, los estudiantes pudieron reconocer sus saberes y experiencias como fuentes válidas de conocimiento, problematizar las relaciones de poder que atraviesan sus campos de estudio, y asumir un compromiso ético-político con la emancipación de sus pueblos.

Pero además, la práctica autobiográfica nos permitió tejer vínculos afectivos y solidarios entre nosotros, sanar nuestras heridas coloniales y fortalecer nuestras identidades y pertenencias culturales. Nos dimos cuenta de que nuestras historias personales estaban entrelazadas con las historias colectivas de nuestras comunidades y de nuestras luchas, y que al narrarlas estábamos afirmando nuestra dignidad y nuestro derecho a existir y a soñar mundos diferentes.



Por eso, hoy puedo decir que la autobiografía no solo transformó mi manera de entender y practicar la investigación educativa, sino también mi manera de ser y de estar en el mundo. Me enseñó a valorar mi propia voz y mis raíces afrodescendientes, a tejer alianzas con otros y otras que comparten mis sueños y esperanzas, y a asumir mi quehacer educativo como una praxis liberadora y sentipensante.

Y es desde ese lugar de experiencia vivida y compartida que hoy quiero reivindicar la autobiografía como una apuesta decolonial y emancipadora para transformar la educación de postgrado y la sociedad en su conjunto. Una apuesta que nos invita a reconocer y potenciar la diversidad epistémica y cultural de nuestros pueblos, a articular la formación académica con las luchas sociales y territoriales, y a construir conocimientos y prácticas que contribuyan a la emancipación humana y a la justicia social.

Teorías de Apoyo

Mi investigación sobre la autobiografía en la educación de postgrado se nutre de diversas teorías críticas y decoloniales que cuestionan las relaciones de poder y saber que atraviesan la producción de conocimiento en la academia occidental.

En primer lugar, me apoyo en la pedagogía del oprimido de Paulo Freire (1970), que plantea la educación como una praxis liberadora basada en el diálogo, la concientización y la transformación de la realidad. Freire nos invita a superar la educación bancaria, que concibe a los estudiantes como recipientes vacíos que deben ser llenados por el conocimiento del maestro, y a construir una educación problematizadora, que parte de las experiencias y saberes de los educandos para generar un proceso de



reflexión crítica y acción transformadora sobre el mundo. Desde esta perspectiva, la autobiografía se convierte en una herramienta valiosa para que los estudiantes reconozcan y resignifiquen sus vivencias como parte de un entramado social más amplio, marcado por las desigualdades y las opresiones, pero también por las resistencias y las posibilidades de cambio.

En segundo lugar, retomo los planteamientos de la colonialidad del saber de Edgardo Lander (2000) y otros autores del grupo modernidad/colonialidad, que develan cómo la universidad moderna reproduce los modelos eurocéntricos y coloniales de conocimiento, invisibilizando y devaluando los saberes otros. Estos autores cuestionan la pretendida universalidad y neutralidad del conocimiento científico occidental, y muestran cómo este ha sido funcional a los proyectos de dominación y explotación de los pueblos del Sur global. Frente a esta colonialidad epistémica, proponen una decolonización del saber que reconozca y valore la diversidad de conocimientos y experiencias que han sido subalternizados por la modernidad, y que construya un diálogo horizontal entre distintas formas de saber y de vivir.

Desde esta mirada, la autobiografía se revela como una práctica decolonial que permite visibilizar y potenciar los saberes encarnados, situados y resistentes de los sujetos que han sido excluidos o marginados por la academia hegemónica. Al narrar sus historias de vida, los estudiantes pueden cuestionar las jerarquías epistémicas que privilegian el conocimiento abstracto y descontextualizado, y reivindicar la validez y la relevancia de sus experiencias y saberes como fuentes legítimas de aprendizaje y transformación social.



En tercer lugar, me nutro de la epistemología del Sur de Boaventura de Sousa Santos (2009), que propone un diálogo horizontal entre los saberes científicos y los saberes populares, indígenas, afrodescendientes, campesinos, entre otros. Santos cuestiona la monocultura del saber y del rigor científico que deslegitima y desprecia otros conocimientos y prácticas, y plantea la necesidad de construir una ecología de saberes que reconozca la pluralidad de formas de conocer y de intervenir en el mundo. Desde esta perspectiva, la universidad debe abrirse a la diversidad epistémica y cultural de nuestras sociedades, y generar espacios de traducción y articulación entre los distintos saberes y experiencias que luchan por la emancipación social.

En este sentido, la autobiografía se convierte en una herramienta potente para tejer un diálogo de saberes entre la academia y los movimientos sociales, entre la teoría y la práctica, entre la razón y la emoción. Al compartir y reflexionar sobre sus historias de vida, los estudiantes pueden establecer puentes entre sus conocimientos experienciales y los conocimientos académicos, y generar nuevas síntesis y propuestas que contribuyan a la transformación de sus realidades concretas.

Por último, me inspiro en la investigación-acción participativa de Orlando Fals Borda (1991) y otros autores latinoamericanos, que apuestan por una ciencia comprometida con las luchas de los pueblos y por la construcción colectiva de conocimientos para la emancipación social. Estos autores cuestionan la división entre sujeto y objeto de investigación, y proponen una relación dialógica y horizontal entre los investigadores y las comunidades, basada en la reciprocidad, la confianza y el compromiso mutuo. Desde esta mirada, la investigación no es una actividad neutral o



aséptica, sino una praxis política que busca transformar las realidades injustas y construir alternativas de vida digna y sostenible.

En este marco, la autobiografía se revela como una práctica de investigación-acción participativa que permite a los estudiantes articular sus procesos formativos con las necesidades y propuestas de sus comunidades y territorios. Al narrar y compartir sus historias de vida, los estudiantes pueden identificar problemas y desafíos comunes, tejer redes de solidaridad y complicidad, y generar proyectos de investigación y acción colectiva que contribuyan a la emancipación social.

Estas teorías críticas y decoloniales constituyen el sustento epistemológico y político de mi apuesta por la autobiografía como estrategia formativa insurgente en los estudios de postgrado. Desde estas perspectivas, la autobiografía no es solo una técnica de escritura o un género literario, sino una praxis pedagógica y política que permite descolonizar los saberes y las subjetividades, articular la formación académica con las luchas sociales, y construir conocimientos y prácticas emancipadoras.

Sin embargo, es importante aclarar que estas teorías no son recetas o dogmas que se aplican mecánicamente a la experiencia autobiográfica, sino referentes que nos invitan a pensar y a vivir la educación y la investigación desde otros lugares y con otros sentidos. Son provocaciones que nos interpelan a cuestionar nuestras certezas y a imaginar otros mundos posibles, a partir de nuestras propias historias y contextos.

Por eso, mi investigación no busca simplemente validar o ilustrar estas teorías con los relatos autobiográficos de los estudiantes, sino generar un diálogo crítico y creativo entre las experiencias vividas y las elaboraciones



conceptuales, que permita construir nuevos conocimientos y prácticas al calor de las luchas y los sueños de nuestros pueblos.

En última instancia, mi apuesta por la autobiografía como estrategia decolonial y emancipadora en la formación de postgrado no se reduce a un ejercicio académico o intelectual, sino que se inscribe en un horizonte ético, político y espiritual más amplio, que nos convoca a reinventar la educación y la sociedad desde la potencia creadora de nuestras rebeldías y esperanzas. Un horizonte que, parafraseando a la poeta y activista afroamericana Audre Lorde (1984), nos invita a transformar el silencio en lenguaje y acción, y a usar nuestras autobiografías como herramientas para la liberación individual y colectiva.

Aportes

Mi experiencia de investigación sobre la autobiografía en los estudios de postgrado me ha permitido identificar varios aportes significativos que esta práctica puede hacer a la formación crítica y transformadora de los sujetos.

En primer lugar, la autobiografía permite a los estudiantes reflexionar críticamente sobre sus trayectorias vitales y académicas, problematizando las condiciones estructurales que las han configurado y asumiendo un posicionamiento ético-político frente a ellas. A través de la narración autobiográfica, los estudiantes pueden tomar conciencia de cómo sus historias personales están atravesadas por las relaciones de poder y las desigualdades sociales, y cómo estas han influido en sus oportunidades, sus decisiones y sus identidades. Pueden reconocer los privilegios y las opresiones que han marcado sus vidas, y cuestionar los discursos y prácticas hegemónicas que naturalizan y legitiman estas injusticias. Y



pueden asumir un compromiso con la transformación de sus realidades concretas, desde una mirada crítica y propositiva.

Por ejemplo, en los círculos de autobiografía que realizamos en el PROEA, muchos estudiantes compartieron cómo sus trayectorias educativas estuvieron marcadas por la discriminación racial, la exclusión socioeconómica y la violencia de género. Narraron cómo tuvieron que enfrentar barreras y estereotipos para acceder y permanecer en la universidad, y cómo esto generó en ellos sentimientos de inseguridad, frustración y rabia. Pero también relataron cómo encontraron en sus comunidades y en sus luchas las fuerzas y las esperanzas para resistir y perseverar, y cómo decidieron asumir su formación doctoral como una herramienta para visibilizar y transformar estas realidades injustas. Así, la reflexión autobiográfica les permitió politizar sus experiencias y asumir un posicionamiento crítico frente a las estructuras de dominación.

En segundo lugar, la escritura autobiográfica favorece la deconstrucción de los discursos y relaciones de poder que atraviesan la formación de postgrado, al tiempo que posibilita el reconocimiento y la potenciación de los saberes experienciales, las memorias colectivas y las resistencias de los sujetos. A través de la narración de sus historias de vida, los estudiantes pueden cuestionar las jerarquías epistémicas y las lógicas individualistas y mercantiles que predominan en la academia, y visibilizar los conocimientos y las prácticas que han sido subalternizados o invisibilizados por el saber hegemónico. Pueden reivindicar el valor de sus experiencias y saberes como fuentes legítimas de aprendizaje y transformación social, y tejer vínculos entre sus memorias personales y las memorias colectivas de sus pueblos y comunidades. Y pueden imaginar y ensayar formas alternativas



de producir y compartir conocimientos, basadas en la reciprocidad, la colaboración y el compromiso con la justicia social.

Por ejemplo, en las autobiografías de varios estudiantes afrodescendientes e indígenas, emergieron saberes y prácticas ancestrales que han sido transmitidos por generaciones en sus comunidades, pero que han sido negados o folclorizados por la academia occidental. Narraron cómo en sus territorios existen formas de conocer y de vivir basadas en la espiritualidad, la relacionalidad y el cuidado de la vida, que cuestionan la separación entre naturaleza y cultura, entre razón y emoción, entre individuo y comunidad. Y plantearon la necesidad de descolonizar la investigación y la educación, para que estas reconozcan y dialoguen con estos saberes otros, y contribuyan a la preservación y el fortalecimiento de las identidades y las luchas de sus pueblos. Así, la autobiografía les permitió resignificar sus conocimientos y prácticas ancestrales como formas válidas y valiosas de estar y de transformar el mundo.

En tercer lugar, la autobiografía contribuye a la proyección de los estudiantes como investigadores y profesionales comprometidos con la transformación de sus contextos y con las luchas de sus pueblos, trascendiendo la lógica individualista y meritocrática que prima en la academia. A través de la reflexión autobiográfica, los estudiantes pueden reconocer que sus procesos formativos no son solo un medio para alcanzar el éxito personal o el ascenso social, sino una herramienta para aportar a los procesos de emancipación y buen vivir de sus comunidades. Pueden identificar las necesidades, las problemáticas y las potencialidades de sus territorios, y articular sus proyectos de investigación y acción con las demandas y propuestas de los movimientos sociales y las organizaciones



populares. Y pueden asumir su quehacer investigativo y profesional como una praxis ética y política, orientada a la construcción de conocimientos y prácticas liberadoras y emancipadoras.

Por ejemplo, muchos estudiantes del PROEA decidieron desarrollar sus tesis doctorales en diálogo y colaboración con las comunidades y organizaciones en las que participan, abordando problemas sentidos y relevantes para la transformación de sus realidades. Algunos se enfocaron en sistematizar las experiencias de educación popular y de investigación-acción participativa que se desarrollan en sus territorios, para visibilizar y potenciar los saberes y las prácticas emancipadoras que allí se tejen. Otros se propusieron acompañar y fortalecer los procesos de resistencia y reexistencia de las comunidades afrodescendientes e indígenas frente al extractivismo, el racismo y el despojo territorial. Y otros decidieron explorar las alternativas de economía solidaria, de comunicación popular y de organización comunitaria que se gestan desde los movimientos sociales, para construir otros mundos posibles. Así, la autobiografía les ayudó a encontrar el sentido político y el horizonte de compromiso de sus proyectos académicos y vitales.

En cuarto lugar, la práctica autobiográfica abre posibilidades de reexistencia y reinención subjetiva frente a los mandatos de productividad, competitividad y descontextualización que imperan en la educación superior, permitiendo a los sujetos construir sentidos propios y contrahegemónicos. A través de la narración de sus historias de vida, los estudiantes pueden cuestionar y desaprender los valores y las prácticas que la academia les impone como deseables y necesarias para el éxito académico, pero que en muchos casos van en contravía de sus principios



éticos y de sus apuestas políticas. Pueden reconocer y sanar las heridas y las violencias epistémicas que han vivido en sus trayectorias educativas, y reapropiarse de su derecho a pensar, a sentir y a existir desde sus propios referentes culturales y existenciales. Y pueden imaginar y crear formas de ser y de hacer en la academia que sean coherentes con sus sueños, sus luchas y sus esperanzas de transformación.

Por ejemplo, varios estudiantes narraron en sus autobiografías cómo la lógica de la productividad académica, que los presiona a publicar artículos en revistas indexadas y a competir por becas y reconocimientos, les generaba angustia, frustración y desconexión con sus compromisos sociales y territoriales. Cuestionaron la imposición de teorías y metodologías hegemónicas que no dialogan con sus realidades y sus saberes, y que los obligaban a fragmentar sus experiencias y a despojarlas de su sentido político. Y plantearon la necesidad de ralentizar y humanizar los tiempos y los espacios de la formación doctoral, para que esta se conecte con los ritmos de la vida y con los procesos colectivos de lucha y transformación. Así, la autobiografía les permitió problematizar los mandatos de la academia neoliberal y abrirse a otras formas de habitar y de transformar la universidad.

En quinto lugar, la autobiografía, asumida como praxis pedagógica y política, tiene el potencial de descolonizar y redimensionar la formación de postgrado, al articularla con las realidades, necesidades y propuestas de transformación que emergen de los contextos y territorios concretos. A través de la escritura y la socialización de sus historias de vida, los estudiantes pueden tender puentes entre la academia y los movimientos sociales, entre la teoría y la práctica, entre la razón y la emoción. Pueden



contextualizar y territorializar sus procesos formativos, para que estos respondan a las demandas y urgencias de sus pueblos y comunidades, y aporten a la construcción de alternativas de vida digna y buen vivir. Y pueden tejer redes de solidaridad y complicidad con otros sujetos y colectivos que comparten sus apuestas y esperanzas de emancipación, dentro y fuera de la universidad.

Por ejemplo, la experiencia del PROEA nos mostró que la autobiografía puede ser una estrategia potente para descolonizar la formación doctoral y ponerla al servicio de las luchas territoriales. A través de los círculos de autobiografía, los estudiantes pudieron reconocer y visibilizar las experiencias de educación propia, de investigación comunitaria y de organización popular que se tejen en sus contextos, y que muchas veces son invisibilizadas o deslegitimadas por la academia convencional. Pudieron articular sus tesis y proyectos con estas experiencias, para fortalecerlas y acompañarlas desde una mirada crítica y comprometida. Y pudieron construir comunidades de aprendizaje y de afecto con otros estudiantes, docentes y líderes sociales, para compartir saberes, sueños y rebeldías, y para caminar juntos hacia horizontes de emancipación.

Así, la autobiografía se reveló como una praxis decolonial y emancipadora que permite descentrar y pluralizar la formación doctoral, al tiempo que la articula con las realidades y las luchas de los pueblos del Sur global. Una praxis que no se reduce a una técnica o una didáctica, sino que implica una apuesta ética, política y epistémica por otros modos de ser, de saber, de sentir y de vivir en la universidad y en la sociedad. Una praxis que, en últimas, nos invita a reinventar la educación superior desde la potencia creadora y transformadora de nuestras vidas y de nuestras rebeldías.



En síntesis, mi investigación revela que la autobiografía no es solo una herramienta metodológica, sino ante todo un camino de sanación y emancipación integral, que permite a los sujetos reconocerse en su humanidad compartida, sanar las heridas de la colonialidad y cultivar alternativas de vida digna y esperanzadora. Un camino que no es fácil ni lineal, sino que está lleno de tensiones, contradicciones y desafíos, pero que vale la pena recorrer si queremos construir una educación y una sociedad más justas, solidarias y libres. Un camino que nos convoca a seguir soñando y luchando, desde nuestras diversas trincheras y latitudes, por esos otros mundos posibles y necesarios que ya laten en nuestros corazones y en nuestros territorios.

Reflexiones Concluyentes

Mi experiencia investigativa con la autobiografía en la formación de postgrado me ha llevado a reafirmar la necesidad y la urgencia de descolonizar la educación superior, para ponerla al servicio de la vida, la dignidad y la emancipación de nuestros pueblos. En un contexto global marcado por múltiples crisis entrelazadas (económica, ecológica, política, epistémica), no podemos seguir reproduciendo modelos educativos que fragmentan el conocimiento, mercantilizan el saber y desvinculan la formación de los sujetos de sus realidades y luchas concretas.

Frente a esta encrucijada civilizatoria, la autobiografía emerge como una práctica insurgente y sanadora, que nos permite reconectar la razón con la emoción, el saber con el sentir, la mente con el corazón. Al narrar y compartir nuestras historias de vida, estamos tejiendo una trama colectiva de sentidos y experiencias que nos hermana en nuestra humanidad, más allá de las etiquetas y jerarquías que nos impone la academia colonial.



Estamos reconociendo nuestras heridas y nuestras cicatrices, pero también nuestras resistencias y nuestras rebeldías, como parte de un tejido social e histórico más amplio, que nos convoca a la solidaridad y a la acción transformadora.

Pero, además, al asumir la autobiografía como una praxis pedagógica y política, estamos abriendo grietas y fisuras en los muros de la universidad, para que por allí se cuelen los gritos, los sueños y las propuestas de esos otros mundos posibles y necesarios que ya están germinando en los territorios. Estamos tendiendo puentes entre los saberes académicos y los saberes populares, entre las teorías y las prácticas, entre las aulas y las calles, para construir colectivamente conocimientos liberadores y transformadores. Estamos desafiando las lógicas de la productividad, la competitividad y el individualismo que nos impone el capitalismo cognitivo, y apostando por otras formas de ser, de saber y de convivir, basadas en la reciprocidad, el cuidado y el buen vivir.

En este sentido, considero que la autobiografía no es una panacea ni una receta, sino una invitación a repensar y reinventar permanentemente la educación superior desde una perspectiva decolonial, intercultural y emancipadora. Una invitación a tejer redes y alianzas entre la universidad y los movimientos sociales, entre la formación doctoral y las luchas de nuestros pueblos, para construir ese otro mundo posible y necesario. Una invitación a dejarnos atravesar por las preguntas, las dudas y las incertidumbres que surgen de nuestras experiencias vitales, y a asumirlas como motores de búsqueda y de creación colectiva.

Pero, sobre todo, una invitación a habitar la universidad y la sociedad desde otros lugares y con otros sentires, desde la potencia sanadora y



transformadora de nuestras memorias, nuestros cuerpos y nuestros territorios. Una invitación a reconocer que nuestras historias personales son también historias colectivas, que nos convocan a la acción solidaria y al compromiso ético y político. Una invitación a hacer de nuestras autobiografías herramientas de liberación y de reinención permanente, al servicio de la emancipación humana y de la justicia social.

Por eso, quiero cerrar este texto con las sabias palabras del educador popular Carlos Núñez (2005): "La educación popular es una pedagogía de la vida y para la vida, que se construye desde, con y para los sectores populares, en función de sus necesidades, sus sueños y sus luchas" (p. 5). Y yo me atrevo a agregar: la autobiografía, asumida como praxis decolonial y emancipadora, es un camino para hacer de la educación superior una pedagogía de la vida y para la vida, que se teja desde, con y para los pueblos del Sur global, en función de sus rebeldías, sus esperanzas y sus apuestas de transformación.

Un camino que no es fácil ni lineal, sino que está lleno de contradicciones, de dolores y de desafíos, pero que vale la pena transitar si queremos construir una universidad y una sociedad donde quepan muchos mundos, donde se respete y se celebre la pluralidad de formas de ser, de saber y de vivir, donde se cultiven semillas de dignidad, de justicia y de buen vivir para todos y todas.

Ese es el horizonte ético, político y pedagógico que ha orientado mi experiencia investigativa y vital con la autobiografía en la formación de postgrado. Un horizonte que no es un punto de llegada, sino un camino de búsqueda y de siembra permanente, que seguimos caminando y soñando



junto a nuestros pueblos, a nuestras comunidades y a nuestras organizaciones.

Un camino que hoy quiero compartir y celebrar con ustedes, como una invitación a seguir tejiendo rebeldías y esperanzas en los territorios y en las aulas, a seguir descolonizando la educación y la sociedad desde la potencia creadora de nuestras vidas y de nuestras luchas.

Porque como nos recuerda el maestro Orlando Fals Borda (2015), "la subversión moral y la rebeldía son catalizadores definitivos de la historia y la cultura en la construcción de un mundo mejor" (p. 412). Y yo añadiría: la autobiografía es una forma de subversión moral y de rebeldía epistémica, que nos permite reinventarnos personal y colectivamente, para hacer de nuestras vidas y de nuestros conocimientos semillas de emancipación y de buen vivir.

Que nuestras autobiografías sigan siendo entonces espejos de nuestras almas insumisas y rebeldes, y que nos sigan convocando a caminar y a luchar juntos y juntas, hasta que la dignidad se haga costumbre y la justicia se haga realidad en nuestra Abya Yala y en el mundo entero.

Con amor, esperanza y rebeldía,

Rosangela Alejandra García Verdú



Referencias

- Escobar, A. (2016). Autonomía y diseño: La realización de lo comunal. Editorial Universidad del Cauca.
- Fals Borda, O. (2015). Una sociología sentipensante para América Latina. CLACSO.
- Freire, P. (2005). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI.
- García Verdú, R. A. (2024). La autobiografía como espejo del alma: Una hermenéutica crítica de la escritura personal en estudios de postgrado venezolanos (Tesis doctoral). Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, Caracas, Venezuela.
- Lander, E. (Ed.). (2000). La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. CLACSO.
- Núñez, C. (2005). Educación popular: Una mirada de conjunto. Decisio, (10), 3-14.
- Ocaña, A. O., & López, M. I. (2019). Decolonialidad de la educación. Emergencia/urgencia de una pedagogía decolonial. Revista Nuestramerica, 7(13), 184-198.
- Santos, B. S. (2018). Construyendo las epistemologías del sur. CLACSO.
- Smith, L. T. (2016). A descolonizar las metodologías: Investigación y pueblos indígenas. LOM Ediciones.
- Walsh, C. (2017). Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir. Tomo II. Abya-Yala.

